

EL ATAQUE A LAS CIENCIAS SOCIALES EN AMERICA LATINA

ISIDORO CHERESKY
Profesor argentino

Particularmente, desde los años sesenta el problema de la relación de la actividad universitaria y de la enseñanza en general con el poder político, ha suscitado numerosas reflexiones.

Estas se actualizan en un nuevo contexto. La crisis política que conocen la mayoría de los países latinoamericanos ha desembocado, en algunos de ellos, en el establecimiento de dictaduras militares o gobiernos autoritarios.

El debate que llegó a centrarse en la definición de la relación ciencia-política y ciencia-ideología, se hace cuanto más apremiante cuanto que la universidad y sus integrantes han participado o sufrido los vaivenes de la crisis política y sus efectos en la vida universitaria, de un modo antes no conocido. Incluso en algunos países donde la actividad universitaria estaba tradicionalmente salvaguardada, ésta ha sido brutalmente igualada a las otras actividades sociales y por lo menos igualmente concernida con los acatamientos.

Dentro de este marco general —Estados autoritarios y desautonomización universitaria— se sitúa el problema de las Ciencias Sociales. Si el poder del Estado ha suprimido el militanteismo de estudiantes y docentes, y procedido a excluir la participación política, como a restablecer las relaciones académicas en su forma jerárquica tradicional, ahí donde estas estaban vulneradas; esta represión ha tenido probablemente un carácter más global en el área de Ciencias Sociales. Esto en la medida en que son estas carreras las que en muchos casos aportaban un mayor número de participantes políticos. El primer hecho a dilucidar, entonces, es esta situación de fermento y proclividad a la acción.

Pero una segunda característica de la acción estatal está asociada a la anterior y es la tendencia a reducir, trabar e incluso suprimir la enseñanza y la investigación de las Ciencias Sociales. Cierre de Facultades y Centros de Investigación, vigilancia policial en los mismos, clima de lucha contra los ideólogos, forman parte de un nuevo consenso de los sectores dominantes que va más allá de la represión puntual de intenciones políticas limitadas.

Este último aspecto de la represión gubernamental, parece indicar que no es sólo el militantismo potencial de estudiantes y docentes, sino la naturaleza misma de la actividad, lo que constituye un problema para los gobiernos autoritarios.

En todo caso, el resultado en que las Ciencias Sociales se han visto sometidas a una política liquidacionista en los últimos años en Chile, Uruguay, Argentina y Brasil. Este liquidacionismo desde luego forma parte de una política más general de represión ideológica: clausura de periódicos, depuración de organismos estatales, particularmente en la planificación, etc.

Dos reacciones se han delineado frente a esta situación. Por una parte, la que considera las Ciencias Sociales como receptáculo de una militancia política, a veces indirecta porque destinada a la elaboración de ideología, y niega la especificidad de la actividad científica. Esta posición, en las circunstancias actuales, descarta implícita o explícitamente el conflicto en las instituciones de enseñanza e investigación y entre éstas y el aparato central del Estado y tiende a proponer como salida exclusiva la reconversión de los intelectuales a la actividad política directa.

La dificultad principal de esta posición es que coloca a una importante franja socializante el dilema de relegar de su condición y actividad —con frecuencia en condiciones en que este desplazamiento no puede ser absorbido por un proyecto político alternativo, es decir que no hay posibilidad para que los intelectuales sean “orgánicos” de un proyecto revolucionario o de integrarse más o menos marginalmente al “nuevo orden” sin perspectivas de expresión política. En la práctica no se formula una política para los intelectuales y a veces estos son considerados como un mero medio de reclutamiento.

En un sentido contrario, se ha desarrollado una corriente que interpreta el ataque del Estado a las Ciencias Sociales como prueba del carácter intrínsecamente subversivo de éstas. Quienes así piensan suelen privilegiar la salvaguardia de la actividad científica y la búsqueda de fisuras en el sistema para su expansión.

Todo lo que puede ser conservado o expandido es considerado como positivo. Este debate es de singular importancia. En primer lugar porque comporta apreciaciones implícitas o explícitas sobre el rol de la actividad teórica y la naturaleza de la crisis política y los términos de su relación, cuyo esclarecimiento es clave para una conciencia de sí en los profesionales de Ciencias Sociales. En segundo lugar, porque según como esta situación sea caracterizada se propondrán unos u otros objetivos, en particular respecto a la Universidad.

UNIVERSIDAD Y CRISIS POLITICA

La Universidad es desde antaño una institución importante en algunos países latinoamericanos. Particularmente en aquellos que conocieron una urbanización considerable y con ella el crecimiento de sectores de pequeña burguesía pertenecientes a un sistema de relaciones ligados directamente con el Estado.

La Universidad fue entonces un canal de ascenso social y hasta cierto punto un aparato representativo y organizador de estos sectores sociales. Esta función de una universidad que estaba lejos de realizar una actividad de conocimientos correspondiente a exigencias directas de la producción social, se modificó en mayor o menor medida de acuerdo al tipo de desarrollo de los diferentes países, determinado éste por la inserción en el sistema capitalista en la post-guerra. En los países que conocieron un desarrollo capitalista industrial acentuado hubo un desplazamiento de las profesiones liberales en beneficio de las ciencias básicas y tecnológicas, pero también de las carreras humanísticas. De otra parte las propias profesiones liberales modificaron su característica, al desarrollarse las formas salariales de contratación.

En esta nueva fase la Universidad se inserta de otro modo en la trama social, recibiendo dos tipos de influencia. Las exigencias de satisfacer una demanda de personal adecuado a la nueva división del trabajo, tanto en la producción directa: técnicos e ingenieros, como en la investigación: físicos y químicos, como en la planificación y funcionamiento del Estado: economistas y planificadores diversos. Por otra parte la pequeña burguesía sigue nutriendo las aulas universitarias con relativa independencia del volumen y tipo de la demanda existente, es portadora no sólo de la antigua aspiración de mantener o mejorar su posición social sino también de los efectos de la crisis política y social que la predisponen a cristalizar en proyectos políticos alternativos.

El crecimiento de las Ciencias Sociales que en algunos casos ha sobrepasado por mucho el de otras disciplinas, aparece como el escenario privilegiado junto con las carreras artísticas de esta segunda determinación. Sin embargo, estas dos líneas no desembocan en áreas separadas sino que se recubren. Los efectos de la crisis política de la pequeña burguesía se manifiestan en las ciencias básicas y tecnológicas, a la vez las exigencias productivas en las Ciencias Sociales, marketing, psicología social.

Este proceso universitario presentó varios puntos de conflicto con el desarrollo de las formaciones sociales latinoamericanas, en particular: un crecimiento universitario que desbordaba las propias posibilidades de absorción por la institución (lo que solía canalizarse en reivindicaciones categoriales frente al Estado) y las posibilidades de absorción por el mercado de trabajo lo que predisponía una explosividad particular de los gremios profesionales; la transformación de la universidad, total o parcialmente, en un centro de oposición política; tanto menos soportable

cuando el Estado abandonaba sus formas democrático-parlamentarias. La universidad masificada, su politización y el desarrollo en su seno de una reflexión teórica de intenciones transformadoras y a veces revolucionarias; fue haciendo de ésta un aparato notablemente autonomizado del aparato central del Estado. En tanto persistía la dificultad de las clases dominantes por establecer un estado hegemónico, basado en el consenso, la presencia de la universidad, con las características apuntadas se hacía insoportable. En el sistema de fuerzas sociales actuantes, el rol de la universidad no se redujo al de la movilización de su propio personal; si la Universidad se convirtió en un centro de movilización más general fue debido a su influencia sobre vastos sectores de "capas medias" y al rol detonante que estas jugaron en la movilización popular, al menos en el caso de Argentina y Uruguay.

En Brasil, como en Argentina, Chile y Uruguay, la Universidad fue objeto de intentos diversos de reestructuración, pero su suerte se decidió junto a la de los movimientos populares a los que se había asociado en grado diverso.

Si el rol de las capas medias varió en los procesos políticos de esos países, en todos los casos, sectores revolucionarizados de ellas se identificaban con parte del aparato universitario, cuando no se expresaban directamente por su intermedio. Y la constitución de estado autoritario supuso al menos la extirpación de esos núcleos.

En la integración de parte del personal universitario, directamente como capa social (es lo que sucedió generalmente con los estudiantes) o vinculando la actividad profesional (especialmente en el caso de las Ciencias Sociales) a la movilización popular, hecho contemporáneo y nuevo, lo que suscitó las formas radicales de represión.

EL ESTADO AUTORITARIO Y LAS CIENCIAS SOCIALES

Los Estados Autoritarios aparecen como un punto de solución a la crisis de hegemonía; como la búsqueda de una superación la situación de sociedades escindidas política e ideológicamente (entre un polo dominante y un polo popular) y a donde a la vez el acuerdo entre las diversas fracciones dominantes es dificultoso, por la incapacidad de cada una de ellas en asegurar el consenso social y a la vez porque el dominio de los más fuertes, por su vinculación con el sistema mundial, supone el estancamiento o la desaparición de las otras.

El Estado Autoritario se plantea lograr la coacción social, sobre todo en su fase inicial, por vía de una disolución de las fuerzas sociales existentes y de las formas de representación gremiales y políticas de los sectores populares. El fundamento de su legitimidad es el apoyo de las fracciones dominantes en el sistema económico y su capacidad en disolver las viejas relaciones de fuerzas que condujeron a la crisis, y mantener esta situación. Es en esta lógica que la Universidad, en países en que ha sido tradicionalmente autónoma, lo que en ningún modo quie-

re decir que pueda ser considerada entonces como un aparato al servicio de una política popular, ha sido depurada y subordinada a nuevos mecanismos de poder, particularmente a la verticalidad de poder ejecutivo.

Pero explicar por qué esta depuración ha conducido, con frecuencia en el caso de las Ciencias Sociales a la supresión, requiere un análisis de la naturaleza misma de esta actividad.

Las Ciencias Sociales, más allá de su diversidad, aparecen más directamente ligadas a una reflexión política y social. Desde el marxismo hasta el psicoanálisis son potencialmente subversivos en cuanto pueden traducirse en crítica, en actividad

La situación de las sociedades donde se han constituido estados autoritarios es tal, que la reflexión teórica puede traducirse en la generalización de una práctica. Esta situación es en primer lugar el resultado de las dificultades de las clases dominantes en elaborar una ideología general y en traducirlas en prácticas integradoras. Por ahora, lo dominante de estos estados es la disolución, lo que se corresponde con el ejercicio de una política conservadora, es decir, incluso incapaz de proponer una línea de desarrollo en el marco de los intereses dominantes (salvo evidentemente el caso de Brasil).

El estado autoritario se caracteriza por la incapacidad de intervenir "positivamente" en la actividad en Ciencias Sociales. Su carencia de intelectuales orgánicos, si se salva los núcleos de vieja tradición clerical fascista, que son incapaces de elaborar verdaderas respuestas a los problemas contemporáneos desde el punto de vista de los intereses dominantes. El estado autoritario se acompaña en este sentido de una disminución de la eficacia ideológica de los aparatos, no sólo universitarios, sino de los que constituyen los medios de comunicación de masas, etc.

Pero como por otra parte, lo indican ejemplos aislados pero significativos, la existencia de actividades de investigación y enseñanza en Ciencias Sociales, no es absolutamente incompatibles con el estado autoritario. Convenientemente separadas del conjunto de relaciones sociales y bajo la forma de un conocimiento fragmentario y a veces instrumental, estas actividades pueden canalizar y atemperar los reclamos de las capas intelectuales y profesionales a la vez que satisfacer necesidades de funcionamiento de la sociedad. Es el intento que en algunos casos se ha puesto en marcha con los consiguientes compromisos tácitos de corrientes intelectuales científicistas.

Por otra parte para algunas de las ciencias sociales, la contradicción entre el desempeño de la actividad profesional y la relación con la política de estado es más aguda, pues se trata de actividades cuyo producto

está destinado a ser "consumido" por el mismo estado; es decir que el problema de la apropiación del conocimiento está planteado más directamente.

La actividad específicamente universitaria en Ciencias Sociales, ha tenido en algunos casos una significación crítica, aunque no sobrepasara los límites de su recinto. Las alternativas a las relaciones pedagógicas tradicionales, fueron un revulsivo cuyas consecuencias excedieron el ámbito académico. Constituyeron una fuente de reflexión sobre las relaciones de autoridad en el sistema capitalista con potencialidad propagadora en los casos de fusión del movimiento universitario en el movimiento popular.

Las Ciencias Sociales no comportan en si un peligro para las dictaduras militares y los gobiernos antipopulares, pueden incluso ser absorbidas en tanto se reduzcan a ser una actividad de conocimiento en los marcos establecidos por esos sistemas. Pero el desarrollo de una práctica de enseñanza e investigación, que transgrede los términos de fragmentación e instrumentalismo y repaltea la inserción social del conocimiento es ya un terreno de desarrollo de contradicciones que pueden ser fructíferas; por su resultado de conceptualización teórica, verdaderamente necesarios en si mismos y por la capacidad movilizadora que en esas condiciones se genera.

DEMOCRACIA Y NEUTRALIDAD O DEMOCRACIA Y COMPROMISO POLITICO

La libertad de opinión y la libertad de enseñanza e investigación, son aspiraciones legítimas de los universitarios e intelectuales.

Estas reivindicaciones aisladas de posiciones más globales que planteen las condiciones de democratización de nuestros países, pueden sin embargo conducir a exclusivismos que objetivamente se sitúen como un reclamo para este sector de un estatuto de privilegio en el sistema.

La ilusión más peligrosa en este sentido es el democratismo neutralista. Es necesario no sólo proclamar, sino demostrar a través de investigaciones concretas que la actividad intelectual se inserta políticamente. Que si es acertado reconocer la relativa autonomía de la actividad científica, cosa que no siempre supieron hacer los movimientos populares; es también necesario saber que la ciencia está subordinada a sus condiciones de producción y circulación. Que ella no sólo es apropiada —y puesta al servicio de intereses sociales— en sus resultados, sino también determinada en sus orientaciones y medios. El neutralismo identifica la actividad de conocimiento y enseñanza con los lugares en que esta se realiza (el claustro, el centro de investigación) sin reconocer cómo esos lugares son socialmente provistos.

Un democratismo comprometido no puede, sin embargo, consistir en colocar al conjunto de los intelectuales frente a una opción irreal. No puede consistir tampoco en abandonar las instituciones que persisten o se recrean, a riesgo de entregar al Estado autoritario el control de los conflictos que en ellos se generan o expresan.

Sin creer en la existencia de una fórmula general, se trata de encontrar respuestas, que varían según el grado de estabilización de los gobiernos autoritarios y de desarrollo de alternativas populares, capaces de encausar nuestro sector social y las actividades que le son propias en la perspectiva popular.

